





HÍBRIDO



Ana de Lacalle

HÍBRIDO



Primera edición: julio de 2018

© Comunicación y Publicaciones Caudal, S.L.

© Ana de Lacalle

ISBN: 978-84-17362-76-8

ISBN digital: 978-84-17362-77-5

Depósito legal: M-16980-2018

Editorial Adarve

C/ Marcenado 14

28002 Madrid

editorial@editorial-adarve.com

www.editorial-adarve.com

Impreso en España



A mi marido e hijos
A mis hermanos
A Joaquín y Pol por su contribución
en la revisión de la obra





ÍNDICE

1. El Reto.....	11
2. La Novela.....	21
3. De nuevo en El Café.....	85





1

El Reto

Recibí un correo electrónico, lacónico, de remitente desconocido, con una propuesta inverosímil y, por ello, intrigante, bajo el seudónimo de Nadia. Alguien se dirigía a mí solicitándome ayuda para escribir una novela. Así de parco y claro. Reaccioné pensando que era una broma de cualquiera que me hubiera leído por la red, pero debo reconocer que, como la esperanza es lo último que se pierde, aunque la creamos ya carcomida, hubo algún rincón de mi mente que consideró la posibilidad de que, tras ese mensaje, pudiera amagarse una posibilidad seria.

Respondí, sin demostrar demasiado entusiasmo, alegando que mi disponibilidad exigía más datos sobre el demandante del proyecto y el proyecto mismo. Que ante la escasez de datos fehacientes no podía dar una respuesta positiva.

La reacción de Nadia no tardó. Me aseguró que era un cometido autobiográfico muy serio —«nada más serio hay», decía—, pero que su escasa dotación para la escritura la había llevado a considerar la posibilidad de que



alguien —esta parecía ser yo—, sin grandes pretensiones económicas, pudiera ayudarla. Eso sí, necesitaba mantener su anonimato, motivo por el cual desde el primer correo había firmado con seudónimo. Naturalmente, si accedía descubriría su identidad porque tendríamos que trabajar codo con codo, pero debería comprometerme a no desvelarla nunca, tuviera el recorrido que tuviese el manuscrito que se acabase derivando de nuestra colaboración.

Accedí a tener una primera entrevista, sin papeles y sin ningún compromiso de colaboración aún, porque necesitaba palpar, directamente, a aquella persona que sentía tan necesaria esa exposición pública de parte de su vida, hasta el punto de buscar a quien pudiera tejerla con palabras.

El encuentro se produjo en una cafetería algo señorial del centro de la ciudad. El lugar lo elegí yo, buscando una zona neutral y confortable donde fuese posible mantener una conversación. No me anduve con remilgos en cuanto a precios porque, siendo una excepción la cita, pensaba invitar yo. Aparecí puntualmente, pero alguien lo fue más que yo, y, desde una mesa aislada en un rincón del pequeño salón, me hizo un gesto con la mano. Quedaba patente que antes de aquel instante también había tenido acceso a alguna fotografía mía, ya que no vaciló en su saludo mientras yo me adentraba en los salones con cara de boba pensando en cómo iba a reconocer a alguien que no conocía.

Me acomodé —a ella la percibí bastante aposentada, como si se sintiera ya triunfadora—, nos presentamos,

ahora sí, con nombres y apellidos, y solicitamos al camarero sendos cafés con leche.

Con voz complaciente la invité a hablar: «Bien, tú dirás». Sin dilación inició su perorata, que me pareció hasta ensayada, seguramente por temor a no explicarse bien. Me confesó que tan solo poseía borradores de un montón de reflexiones que había realizado tras el fallecimiento de su terapeuta, uno de los golpes más duros que había recibido, lo cual le supuso una recaída, por cuya causa pasó dos años ingresada en un centro de salud mental. El resto lo tenía en su corazón. Lo llevaba clavado. Necesitaba a alguien que la escuchara y fuera su pluma, tanto para narrar lo que ella nunca había escrito como para dar forma a todo lo que escribió sentada al pie de la tumba de su psiquiatra. Además, a todo ese conglomerado había que darle forma de novela y ella no sabía, por supuesto, si eso era posible. Lo que sí sentía claramente es que tenía una historia que contar, porque tras la suya sigue habiendo otras historias vivas pero ignoradas, en silencio, en soledad, sin registrar, y se siente con la responsabilidad de dar voz a los niños que no pueden ni entender ni explicar el caos que los envuelve y que se desarrolla en el más estricto secreto.

Todo esto me espetó, de seguido, sin coger aire. Calló cuando consideró que había dicho cuanto era necesario y se me quedó mirando fijamente a los ojos, como quien te pregunta si te vienes al cine o no y espera una respuesta rápida, ansiosa porque se aproxima la hora de la sesión. Pensé que algo de ingenuidad o de ternura infantil seguía palpitando intacto en aquella mujer.

—Agradezco mucho tu confianza —respondí después de la pausa justa—. Creo que tienes un proyecto serio, imbuido de una motivación muy clara. No obstante, a veces las cosas son más complicadas de lo que uno cree. Lo relevante aquí es mantener la fidelidad de tu vivencia.

—¡No! También de lo ocurrido —me interrumpió aceleradamente.

—Sí —concedí sin oposición, porque valoré que si llegaba el momento ya hablaríamos de eso—. Bien, pues hay que ver si el material que posees, escritos y recuerdos que pueden ser hasta cierto punto contrastados, son suficientes para construir una novela. O si, por el contrario, habría que añadir tanta ficción que se escapa de tu proyecto.

—¿Ficción? En esta historia no hay ficción—, volvió a corregirme impulsivamente, lo cual me indicó, ya con más certeza, que en caso de comprometerme el trabajo iba a ser arduo.

—Bien, antes de tomar una decisión necesito que nos veamos una segunda vez, pero ahora en tu casa y con el material escrito del que dispones. Por cierto, una cuestión más. ¿Por qué yo?

—Porque te he seguido en las redes: tu blog, tu Facebook... durante un año, y he llegado a la conclusión de que eres una persona honrada y extremadamente sensible a lo que yo tengo que explicar. Vaya, que me transmites buenas vibraciones y no acostumbro a equivocarme.

Estaba segura de que si me aproximaba a Nadia a través de su entorno y podía rastrear sus textos escritos me

vería en las condiciones óptimas para poder decantarme por una tarea que se me presentaba compleja, pero que no quería desestimar simplemente por su dificultad.

—¿No querrás robarme la idea, no?

—No, desde ahora mismo ya te digo que si esto saliese adelante tú constarías como única autora y yo como asesora de redacción. Lo único que tienes de momento es mi palabra. Después podemos hacer un contrato, o confiar, que es más barato y más humano. Porque la probabilidad de que esto se edite y de que además sea un superventas creo que tiende a cero. Así es que mejor lo organizamos como más económico nos resulte a ambas, en caso de que acepte, claro.

—Vale —sonrió Nadia.

El segundo encuentro fue definitivo. Su pisito, sesenta metros cuadrados, era sencillo, acogedor y sin ningún exceso de ornamento. Parecía exponer lo justo en el lugar apropiado. Disponía del dormitorio, una habitación pequeña donde tenía el ordenador, algunos libros y carpetas con facturas y papeles de rigor, el salón *office* y una pequeña terraza cuadrada que parecería un oasis cuando luciera el sol, o ya en el ocaso del empalagoso estío. Mientras me mostraba las piezas que componían el inmueble, empezó a hacer referencia a algún detalle más concreto de su biografía, a veces por oposición a lo que nunca tuvo, otras mediante reminiscencias. En cualquier caso, fueron pinceladas envolventes de un cálido ambiente de confianza, teniendo en cuenta que el vistazo que debía realizar del material de la novela no era

un «vistazo» cualquiera, debía permitirme rozar zonas íntimas y palparlas para quién sabe si asestarle después un «no» tajante. Esa mujer estaba apostando fuerte. No sabría, según decía, redactar, pero sin duda sabía bien lo que quería.

Nos sentamos a la mesa del salón con la carpeta que trajo de papeles manuscritos. No estaban datados ni numerados, pero mantenían el orden, aseguró Nadia, en que habían sido escritos. Le advertí que necesitaba leer alguno de esos papeles, que no veía otra manera de valorar las posibilidades del proyecto, que respetaba muchísimo su intimidad y que fuera cual fuera el resultado, aquello quedaría entre nosotras. Le ofrecí, incluso, que los eligiera ella, pero me contestó restando importancia al asunto: «Empieza por el primero».

Al cabo de una hora aproximadamente consideré que tenía una idea nítida de lo que constituían sus diálogos con el terapeuta muerto. Estaba algo impac-tada. No leí todo el material, me surgió curiosidad por ver cómo podía encajarlo con «ese otro material que guardaba en la mente». No quise mostrar ninguna valoración sobre mi lectura y le anuncié que había tenido suficiente con lo leído y que ahora necesitaba que me mostrara algo de ese material «no escrito», ya que debía pensar cómo podían cuajar ambos materiales en una novela.

Como era ella, sin dilación ante lo que juzga necesario, inició un relato de un episodio de su infancia tal y como lo recordaba. Y lo tenía presente porque le

había causado un dolor irreparable, tal vez no el hecho en sí, sino el ambiente o el tono familiar que subyacía a la historia que ella conservaba. Decía recordar más de una veintena de episodios. Volvía a sentirse incapaz de situar fechas aproximadas entre algunos de ellos, pero su infancia estaba constituida no por un relato hilado, sino por ese conjunto de relatos deshilachados, aunque indiscutiblemente amarrados, que se habían erigido en sufrimiento, más tarde reflejado en las conversaciones con su terapeuta. Por eso no quería ficción. Si a ella el recordarlos así la había llevado a ese estado mental, alguien que supiera escribir, debía ser capaz de trasladar al lector a los diálogos terapéuticos.

Tras su narración y su renovada justificación de rechazo de cualquier atisbo de ficción, solo pude decirle:

—Nadia, necesito una semana para darle vueltas al cómo, pero me encantaría y me halaga intentar acometer contigo este proyecto.

Como si de dos amigas de la niñez se tratase, se abalanzó sobre mí, me abrazó y me dijo

—¡Estaba segura de que dirías que sí, tú eres como yo!
—ante lo cual respondí.

—Pues nos podíamos haber ahorrado estas dos primeras reuniones, que hay mucho trabajo —y pensé que acaso llevara algo de razón.

A partir de entonces me convertí en el eco de una voz anónima, la protagonista y narradora de este relato, en respuesta a cuya persuasión me presté a poner por

escrito sus confidencias orales, en un primer momento; y, más adelante, a pulir literariamente su diario íntimo, siempre ante su presencia y depurando al máximo las metáforas para que fuesen más fieles, si cabía, a su experiencia interior.

Su voluntad era seguir siendo un personaje anónimo. La mía también. Pero, salvada esta condición, entiendo que el motivo que impulsó a Nadia fue realizar una catarsis pública que pudiera funcionar como rito de desprendimiento de una historia vivida.

Debemos considerar que cuanto aquí aparece narrado se corresponde a los recuerdos de esta protagonista anónima, y sabemos que estos son siempre la manera en que emocionalmente nos apropiamos, en un contexto determinado, de los hechos. Hago hincapié en ello simplemente porque quizás no todo lo que hace referencia a tales hechos sucedió como aparece descrito; sí permanece así, en cambio, en la mente de la persona que fue testigo presencial de ellos.

Después de muchas vacilaciones acordamos intercalar los acontecimientos de la infancia que recordaba y que me había relatado oralmente por medio de los monólogos que tras la muerte de su terapeuta había desarrollado sentada al pie de la tumba de este. Hay que explicitar que el fallecimiento de quien fuera su apoyo incondicional le provocó una crisis que le impidió durante tiempo reconocer la situación: que él estaba muerto y que sus conversaciones no habían sido más que monólogos.

Para facilitar la lectura decidimos cambiar el tipo de letra de las historias infantiles, por constituir una reminiscencia, y mantenerlo para los monólogos.

Nadia se comprometió a gestionar la maquetación e impresión de algunos ejemplares que nos permitieran iniciar un largo tránsito por las editoriales de la ciudad, que fue el primer objetivo que nos marcamos.

